



Cortesía: Humberto Junca.



"Ceremonia", (1963), Carboncillo sobre papel, 51 x 33 cm.

Cortesía: Nicolás Cárdenas.

Santiago Cárdenas

Artista plástico.

OTROS SALONES
Sección conducida por: Humberto Junca Casas.

Pocas veces se le pregunta a un artista sobre su formación, sobre sus maestros o su relación con instituciones educativas; como si los artistas hubiesen nacido aprendidos y la educación artística fuera algo circunstancial. Aquí se demuestra lo contrario

Humberto Junca: ¿Recuerda durante su formación un ejercicio, una clase o un profesor que haya sido importante para usted, que haya cambiado su mirada, que le haya ayudado a ser quien es hoy día?

Santiago Cárdenas: Yo tuve la suerte de tener maestros muy buenos en primaria, en secundaria y en la universidad. Me fui muy chiquito a vivir a los Estados Unidos con mis padres y recuerdo que cuando tenía 10 años y estudiaba en la Colonial School de Pelham (Estado de Nueva York) tuve una profesora, Mrs. Seghersten, que era holandesa y nos hablaba mucho de Van Gogh. Esta escuela pública tenía un programa de arte muy bueno, desde la primaria hacíamos cerámica, pintura, dibujo. Y un par de veces al semestre tenían lo que llamaban ellos una "asamblea", donde las diferentes clases hacían una presentación en frente de todos los niños del colegio y en una ocasión a mí me tocó hacerla con esta profesora de arte. Ella colocó una serie de atriles para que dibujáramos, diciendo: "Todos los niños van a dibujar un caballo brincándose una valla". Éramos, digamos, cinco o seis niños y cada uno dibujó su caballo. "Pero ahora Santiago Cárdenas lo va a dibujar patas arriba", dijo la profesora y yo me quedé sorprendido porque no me esperaba semejante tarea. Al final lo logré hacer y todos aplaudieron. Eso reforzó mi autoestima, me convenció de que yo era un buen dibujante.

HJ: Entonces, para usted es esencial el aprendizaje del dibujo y del arte en el niño.

SC: Sí, porque primero fue el dibujo y después fue el lenguaje escrito. Primero aparecieron los jeroglíficos y luego la letra. El arte no es una cosa que viene después. Está primero. Ahora, el niño debe ver arte desde la primaria; pero con gente preparada para dictar esos cursos. Generalmente, acá, las clases de arte en los colegios las dan personas que no saben ni de docencia, ni de arte. Cuando fui director de Bellas Artes en la Universidad Nacional, luché para que los estudiantes pudieran escoger como carrera la docencia del arte en primaria y secundaria: se hizo un cambio de todo el currículo, se establecieron las carreras de docencia, incluso, se alcanzaron a ir profesores de la Nacional becados a Italia a estudiar los cursos especiales necesarios para conseguir el escalafón en Pedagogía del Arte; pero los mismos colegas y las directivas bloquearon el proyecto. Dijeron que eso no se podía enseñar en la Nacional, que para eso estaba la Pedagógica. Cuando me retiré de la dirección echaron para abajo todo eso.

Ahora, volviendo a mi historia como estudiante: en bachillerato, en el Pelham Memorial High School, tuve un profesor magnífico, Mr. Canava, que daba clase de dibujo técnico. Ahí hacíamos muchas cosas aproximándonos a la arquitectura de una manera muy elemental; pero lo interesante es que nos ponía proyectos, por ejemplo, a partir de edificios que nos gustaran. Me acuerdo mucho que por eso fui con un compañero a la ciudad de Nueva York, a tomarle fotos, a escribir nuestras impresiones y a hacer dibujos de un edificio muy famoso en esa época: el Lever House, el primer edificio hecho de vidrio. Yo tenía como quince años y fue en la clase de Canava cuando decidí que iba a estudiar arquitectura. Luego, en la carrera en la Rhode Island

School of Design, conocí al tercer profesor importante para mí: Mr. Derhohanesian a quien llamábamos Mr. "Ho". Era un tipo simpatiquísimo, bajito, redondito. Era escultor y sus padres eran árabes. Él daba la clase de diseño básico que tomaban todos los estudiantes. Al final del primer año uno tenía que escoger su carrera ante unos consejeros que lo entrevistaban a uno y ante quienes uno decía lo que quería hacer; yo ya sabía que iba a ser arquitecto y ya había tomado las materias correspondientes al primer año de arquitectura. Mi profesor consejero, por puro azar, fue Mr. "Ho", y me dijo: "¿pero usted no ha pensado, por ejemplo, ser pintor? Usted debería ensayar pintura". "Pero ¿cómo voy a ensayar pintura? ¿Usted quiere decir como gente como Picasso? A mí eso me parece horrible, eso no me gusta", le dije. Y recuerdo que me contestó: "Mire Cárdenas, le voy a decir una cosa: usted tiene muy buenas notas, así que métase a pintura y si al final del año aún no le gusta, lo pasamos al tercer año de arquitectura sin que pierda un solo día". A mí me pareció que ese era un trato buenísimo y decidí ensayar, sabiendo que no me iba a gustar. Pero me gustó y ahí me quedé. Cuando regresé a casa al final de ese segundo año, mis papas estaban ansiosos por saber cómo me había ido, entonces comencé a mostrarles dibujos de figura humana. Mi mamá estaba aterrada de ver todas estas señoras desnudas y mi papá después de un rato dijo: "Bueno hijo y ¿en dónde están los planos arquitectónicos?". Fueron muy comprensivos cuando les dije que no estaba estudiando arquitectura, porque se dieron cuenta que estaba muy entusiasmado. Por supuesto, me dijeron: "piénsalo, fíjate lo difícil que es, no vas a ganar plata"... todas esas cosas que dicen los papás.

Así, hice cuatro años de Fine Arts, después estuve dos años prestando el servicio militar y después entré a la Universidad de Yale a hacer una maestría; y allí, quizás tuve más influencia de mis compañeros que de mis profesores. Estudié con Chuck Close, Richard Serra y Jennifer Bartlett, entre otros.

HJ: A veces, uno aprende más de sus compañeros que del profesor.

SC: Indudablemente. En la clase de arte lo más importante son los estudiantes. Y si el estudiante está decidido que quiere ser artista ¿quién es uno como profesor para decirle qué es lo que tiene que hacer? Esta es una carrera que tiene tanto que ver con lo que el individuo piensa, siente, cree... que uno como profesor está obligado a ponerse en los zapatos del estudiante. Uno le puede contar cosas al estudiante, ayudarlo a resolver un problema, invitarlo a analizar un asunto u otro; pero uno no le puede decir qué es lo que tiene que hacer.

HJ: ¿Cómo resultó dando clases?

SC: Cuando estudiaba arte en Nueva York tuve el gran privilegio de conocer al maestro Negret. Después regresé a Colombia y coincidentalmente él estaba en el país, así que fui a saludarlo, a que me orientara un poco y me dijo que era muy importante que Marta Traba conociera mi trabajo. Me dijo que no podía hablar directamente con ella porque no se entendían muy bien; pero me presentó a Feliza Bursztyn que sí era muy amiga de Traba. Así,

un día fueron ellas dos a ver mis cuadros y ahí mismo Marta Traba me ofreció una exposición en el Museo de Arte Moderno, espacio que ella había fundado y que funcionaba en ese momento en un pequeño edificio de la Universidad Nacional. A los pocos días de esa visita me llamó el director de la carrera de Bellas Artes de la Universidad de Los Andes, Antonio Roda, y me dijo que estaban necesitando un profesor de pintura y que Traba me había recomendado. Yo me fui como un tiro a Los Andes y apenas llegué Roda me llevó a un salón y me dijo "mira, esta es tu clase". Así comenzó mi carrera docente. Cuatro o cinco años después me llamó Carlos Granada y me puse a dar clases en la Nacional. Fue una época difícil: trabajaba por la mañana en la Nacional, por la tarde en Los Andes y por la noche pintaba.

HJ: ¿Encontró muchas diferencias entre la universidad en Estados Unidos y la universidad en Colombia?

SC: Primero que todo, me pareció que el nivel de los estudiantes era muy bueno, especialmente en la Nacional. Pero el ambiente, el contexto universitario y el contexto del país era provincial y para un estudiante era muy difícil trabajar a un nivel profesional porque no tenía con quién medirse. No había galerías, no había museos, todavía se pensaba parroquialmente... no quiero que se sienta como falta de respeto, pero en ese momento un pintor tenía que hacer paisajes y pintar vaquitas. Aquí, el arte era una cosa muy decorativa o algo para entretenerse; mientras para mí era trascendentalmente importante. Cuando me decían que en Colombia primero había que dedicarse a producir científicos, ingenieros, matemáticos y que después, cuando el país tuviera más infraestructura, sí se podía pensar en el arte; yo entraba en total desacuerdo. No se puede esperar a hacer arte después. El arte es parte del desarrollo integral del ser humano. Es el reflejo crítico de lo que pasa en una sociedad. ¿Cómo va a esperar uno a tener más plata para poder hacer arte?

HJ: ¿Usted sigue vinculado como docente en alguna institución?

SC: No. Mi última experiencia como profesor fue hace 10 años en la Maestría de Artes de la Nacional. Ahí me decepcioné mucho. Me pareció que no respetaban las ideas de los estudiantes. Yo sigo insistiendo: el arte no se puede enseñar; se puede aprender. Entonces, uno como profesor tiene que estar ahí para que lo expriman; así es como los estudiantes aprenden. No es tanto por lo que uno les dice, sino por lo que logran sacar de uno, de sí mismos y de sus propios compañeros. Por tanto, la labor del profesor es crear en la clase un ambiente dinámico, vital, respetuoso, receptivo. Pero pasa lo contrario. Recuerdo que en la Nacional algunos profesores decían: "No hay que contarles tantas cosas a los estudiantes, porque ellos van a ser la competencia de uno", como en los cuentos de las recetas de las tías que siempre omitían una cucharada de algo, para que las amigas no pudieran hacer las galletas igual. Pero es al contrario: como profesor y artista, uno tiene que decir todo lo que sabe en clase, para poder tener a futuro contrincantes mejores que uno. Es gracias a esa competencia que uno puede ir superándose así mismo. Es el empuje del otro lo que lo puede sacar a uno a flote. Por eso, ¡qué falla intelectual tan grande es engañar al estudiante!